

la escuchó con caritativa compasion, y la acogió con lástima.

Eufrosina disimuló al principió la fuga de su hija sabiendo donde estaba; pero como le hacia falta, la extrañaba; porque hay muchas madres que se atienen á sus hijas para comer, y tratan de recogerlas aunque les quiten el bien que tienen, porque en no teniendo carne el anzuelo no cae el pez. Ellas son los anzuelos, sus hijas la carne, los peces los hombres que bobamente se dejan engañar.

Ello es que la buena madre fué á casa del coronel para sacar á su hija. Ni esta queria irse, ni aquel que se fuera; pero fueron tantos los retobos y necedades de Eufrosina, que D. Rodrigo, no pudiéndolos sufrir, consintió en que se la llevara; pero ántes le dijo: Que se vaya la muchacha enhorabuena; mas tenga V. entendido, que va á ser enteramente infeliz, y V. ántes que ella tiene la culpa. Ya la hizo desgraciada en lo privado con su mala educacion, perverso ejemplo y crimial consentimiento; y ahora quiere servirse de ella como de un medio indigno y criminal para vivir.... ¡Pobre muchacha! Ella va á prostituirse al lado de su madre, y á vivir

como una merceneria de su cuerpo. ¡Cuántas fueran ménos infelices si no tuvieran semejantes madres!

No quiso aguantar mas D.<sup>a</sup> Eufrosina, y así, haciendo un dengue colérico, le respondió: Hermano, yo no vine á que me prediquen, sino á llevarme á mi hija. ¿Qué le importa á V. ella ni yo, ¿ha de dar V. cuenta á Dios de nosotras? pues déjenos que nos lleve el diablo. Conque vístete, muchacha, y vámonos ántes que me acabe de enfadar.

El coronel, sin hablar otra palabra, la dejó charlando: Pomposa se vistió, se entró á despedir de sus tios, y se fué con su buena madre.

## CAPITULO X.

*Continúa la desarreglada conducta de Eufrosina y la Quijotita, desatinada inversion que le dieron al último dinero que esperaban tener, y acabó en una noche en el juego. Discurso del coronel contra ese vicio detestable.*

Miéntas que mi tutor, D.<sup>a</sup> Matilde y yo lamentábamos la suerte infeliz que iba á correr Pomposita, la madre de ella no

pensaba mas que en el modo de vivir sin volver á ver para nada la cara de su cuñado, ni á nadie de su familia, excepto yo, que como sabia hacer mi papel, por disposicion de mi tutor nunca tomé partido descubierto contra ella ni su hija, con objeto de comunicarles y estar al alcance de todo lo que ocurría en su casa, por si se les ofreciese cosa en que servir las, y porque cuando podia percibir que la necesidad las estrechaba, avisaba á mi tutor segun me tenia encargado, y por su órden las dejaba con disimulo en las almohadillas ó canastas de costura algunos socorros que me daba para ese objeto, y con encargo especial de que nunca dijese nada á nadie.

Como desde los primeros dias de la separacion comenzaron á tener escasez, porque ciertamente nada tenían seguro, y los contertulios no concurrían, porque la casa de un pobre apesta á diablo revolcado en caño de bodegon, D.<sup>a</sup> Eufrosina echando cálculos, se acordó de la carta de dote que le dejó D. Dionisio por la cantidad que habia cogido de sus nombramientos de huérfana, y me encargó de su cobro, lo que con la direccion y resortes del coro-

nel que tomó empeño bajo de secreto, se logró que el juez del concurso, de consentimiento con los acreedores, mandase librar la cantidad que me exhibió el depositario, y yo llevé á D.<sup>a</sup> Eufrosina.

No puede ponderarse el gusto con que D.<sup>a</sup> Eufrosina y su hija tomaron el dinero, del que empezaban á discurrir la mas célebre distribucion, en lo que les fuí á la mano, manifestándoles que nunca necesitaban de mas juicio que esa vez, porque esa cantidad era la última que pudieran haber, y no quedaba ya esperanza alguna. Las aconsejé que buscasen con empeño una velería, chocolatería ó bizcochería que traspasar, que se metiesen allí á cuidar de su capitalito, y que miéntras se adiestraban en el giro yo les auxiliaría lo posible, principalmente para las compras de la calle. Hicieron buenos gestos cuando pensaban en esto de manejar el sebo, las panochitas, los cohetitos y demas menudencias que se expenden en las velerías; mas por último, demostrándoles yo que peor que todo eso era el morir de hambre, mendigar ó prostituirse, se determinaron á tomar mi consejo, y quedaron resueltas á buscar desde el dia siguiente una casa que

traspasar, y me encargaron la solicitase.

Me fui y conté á mi tutor la buena disposicion que tenian, de lo que D.<sup>a</sup> Matilde se alegró mucho; pero él se sonrió, meneó la cabeza, y dijo: „La cosa es muy buena en las circunstancias de esas santas; mas dudo que lo hagan, porque allí no hay cabezas.” Le repuse que yo creia que lo harian porque ya la fortuna les habia dado buenos golpes, yo les habia demostrado que no tenian ya otra esperanza, y ellas convencidas de todo se habian resuelto á tomar ese nuevo modo de vivir, para no exponerse á perecer otra vez, y el coronel contestó: „Todo está muy bueno, quiera Dios que tenga efecto tan laudable proyecto.”

Al otro dia salí empeñado á buscar casa de comercio á propósito para que la traspasaran, y tuve la chiripa de encontrar con una bizcocheria y chocolatería en la calle de la Merced, que tenia su vista al Oriente una habitacion interior de dos piezas y su cocinita con uso del patio, que ganaba ocho pesos cada mes, vendia el dia que ménos doce pesos, querian cien pesos de traspaso, y de existencia tendria trescientos. Creí no podia darse cosa mas

análoga, y que allí asegurarian su subsistencia viviendo frugalmente: y muy contento con tales ideas, me fui á avisarles á las cinco de la tarde. Pero ¿cuál seria mi sorpresa y disgusto, al ver que ya habian empleado mucha parte del dinero en cortes de tunicos, tápalos, medias, bretañas, canapes de moda, rinconeros, sillas, tocador, &c. &c. Les reclamé aquel despilfarro, y me contestaron que tenian necesidad de todo eso, porque no habiéndose criado en la miseria, no podian privarse de cosas tan precisas, ni querian verse despreciadas de todos, pues que la gente pobre hiede á mula y zopilote muerto: y terminaron con decirme que no me apurara, porque aun les quedaban doscientos cincuenta pesos. Híceles presente que habian cometido una gran locura, porque nada de aquello les urgia, y debieron primero asegurarse de una casita que les diera el pan de cada dia, y de la que despues podrian ir sacando proporcionalmente para ropa y algunos muebles indispensables. Oyeron todo con mucho disgusto, concluyendo con decir que el dinero que les quedaba ya no era bastante para tomar la casa que yo les proponia, y que por lo mismo se

resolvian á buscar otra de ménos precio.

Acabamos nuestra contestacion, cuando empezaron á entrar algunas de sus antiguas amistades, que habiéndolas visto casualmente por la mañana en la compra de la ropa y demas cosas, calcularon, y muy bien, que era tiempo de volver á divertirse algunos dias á costa de aquellas celebérrimas tontas. Cada uno á su vez, preguntaba el origen de aquella *bolichada*, decian que se alegraban de tan buena suerte, daban sus consejos para la mejor inversion que debia darse á aquel *gran caudal* que les quedaba, y remataron con que para celebrar tan buena ventura, era necesaria una diversioncita, aunque fuese casera, y quedó esta concertada para la noche del domingo inmediato, encargándose cada uno de convidar á algunos conocidos, y D.<sup>a</sup> Eufrosina de prevenirles una merienda, y buscar músicos que no fueran chabones.

A las oraciones me despedí y retiré de aquella casa de locos, lleno de tristeza por contemplar que Eufrosina y su hija iban á dar al trasto en pocos dias con aquel dinero, que aunque poco, pudo darles que comer por algun tiempo, si hubieran sido

capaces de juicio. Luego que llegué á casa, conté á D. Rodrigo y su esposa cuanto habia pasado; se desazonaron bastante, y el coronel dijo: Pero ¿qué quieren VV. que hagan dos personas que nunca han conocido la economía, que no han hecho mas que gastar sin saber lo que gastaban, y que jamas hubo quien les dijera en el mejor tiempo el modo de manejarse para no cometer tantos desatinos como han cometido y que han ocasionado su ruina? Es preciso decir y repetir muchas veces para gobierno y aprovechamiento de las señoras mugeres, y particularmente las casadas, que sin virtudes domésticas, no podrán nunca ser felices, ni hacer dichosos á sus maridos é hijos; pues las virtudes domésticas no son mas que la práctica de las acciones útiles á la familia que vive reunida en una casa. Estas virtudes son la economía, el amor paterno, el amor conyugal, el amor filial, el amor fraternal, y el cumplimiento de los deberes de amo y criado. La economía es la buena administracion de todo lo que concierne á la existencia de la familia ó de la casa; y como la subsistencia tiene en ella el primer lugar, se ha contraido especialmente la

palabra economía al empleo del dinero en los objetos de las primeras necesidades de la vida. La economía es una virtud, porque el que no hace ningun gasto inútil, se encuentra siempre con un sobrante que es lo que constituye la verdadera riqueza, y por este medio se proporciona y á su familia todo lo que es verdaderamente cómodo y útil, sin contar que por este medio se aseguran algunos recursos contra las pérdidas accidentales é imprevisas, de suerte que cuantos de él se rodean, viven en una dulce comodidad que es la base de la felicidad humana. Por el contrario la persona que cae en los vicios de disipacion y prodigalidad, viene á verse privado de lo necesario, cae en la pobreza, la miseria y el abatimiento; y sus amigos mismos temen verse obligados á restituirle lo que ha gastado con ellos ó por ellos, le huyen como el deudor huye de su acreedor, y queda abominado de todo el mundo. El amor paterno se explica en el cuidado continuo que tienen los padres, de hacer contraer á sus hijos el hábito de todas las acciones útiles á ellos y á la sociedad. Los hijos con tales hábitos se proporcionan durante su vida, unos go-

ces honestos, y auxilios que se hacen sentir á cada instante, y que aseguran á su vez los apoyos y consuelos oportunos contra las necesidades y miserias de todo género que agovian esta edad. Pero por desgracia muchos padres se extravían en esta parte: no aman á sus hijos, sino que les acarician, les satisfacen todos sus caprichos y los echan á perder. Esta fué la conducta de mi desgraciado hermano D. Dionisio, y este el origen de que estas pobres mugeres no tengan hoy cabeza para nada útil, y solo piensen en despilfarros.

Habiendo callado mi tutor, le dijo D.<sup>a</sup> Matilde: Todo es una verdad muy sensible para mí, porque veo que ya no tiene remedio la última ruina de mi hermana y sobrina, pues solo Dios, como se lo pido, puede hacerlas entrar en acuerdo, y mantenerse honradamente, y sin las congojas que consigo trae ese modo de vivir tan desarreglado.

El domingo inmediato estuve á las oraciones de la noche en casa de D.<sup>a</sup> Eufrosina, en donde ya encontré una concurrencia que no esperába, con uaa música regular, y á las señoras de la casa con todos los atavíos del gran tono. A poco comen-

zó el baile, que rompieron Pomposita y un oficial que estaba allí haciendo el primer papel, siendo acreedor tambien del primer lugar en Islas Marianas por sus notorias costumbres, pues pertenecia á una pacotilla de léperos de casaquita y fraquesito, que llamaban *el manojito*, y vivian á expensas de los tontos que los admitian en sus casas para sus diversiones, en las que por modo de broma y *á sí pega*, se embolsaban las cucharas y tenedores, cambiaban sus repelos de sombrero con los buenos que llevaban los hombres decentes, dejaban sus otates, y se llevaban buenas cañas y paraguas, y á ese modo hacian otras travesuras de ingenio, con que se habilitaban para sus necesidades de burdel &c. &c. De esa partidita habia en la diversion de las Langarutos unos cinco ó seis, que todos á su vez bailaban, cantaban y brincaban, comian y bebian sin tino y sin tasa, ántes de la merienda, en la merienda, y despues de la merienda. Esta fué muy buena, pues D.<sup>a</sup> Eufrosina ni su hija querian heder á pobres, sino quedar bien en su fiesta aunque el dia siguiente fuera necesario empeñar algo para comer. Yo aunque al principio me incomodé con todo

aquel desbarato, convenciéndome de que no tenia remedio, me hice el ánimo de divertirme bailando mis contradanzas, que es lo que me agrada por lo que aprovecha el ejercicio.

Al concluir una de ellas fuí á sentarme, y observé entre la concurrencia una señora de ochenta años, otra de sesenta y otra de cuarenta con una sobrina suya de veinte á veinte y dos. Cierta instinto hizo que me arrimase á esta última, la cual me dijo al oido: ¿Qué le parece á V. de mi tia, que con su edad quiere tener cortejos, y hacer la niña? No tiene razon, le dije, que eso en quien cae bien es en V. Poco despues me puse junto á la tia, y me dijo esta: ¿No ve V. esa vieja que cuando ménos, ha cumplido los sesenta, y ha gastado hoy mas de una hora en el tocador? Pues pierde su tiempo, le respondí, menester seria que tuviera el mérito que V. para pensar así. Arrímome á la desventurada sesentona doliéndome en el alma de su suerte, y me dice al oido: ¿Hace visto cosa mas risible? vea V. ese carcaman, con mas de ochenta años poniéndose cintitas encarnadas, y haciendo la criaturita, y se sale con ello, porque se ha vuelto á

la edad de los niños. ¡Ay Dios mio! dije para mí, ¿no veremos nunca mas extravagancias que las del prójimo? Acaso es dicha, añadí luego, que nos consolemos con las flaquezas ajenas. Como estaba de buen humor dije: Bastante hemos subido; bajemos ahora, y empecemos por la mas vieja que está en el testero del estrado. Señora, se parece V. tanto á esta otra dama con quien acabo de hablar, que yo me habia figurado que era su hermana, y creo que son VV. de una misma edad con corta diferencia. Es cierto, caballero, me dijo, que cuando se muera una de las dos, mala se la mando á la otra; porque presumo que no hay dos dias de diferencia entre ambas. Oida esta decrépita, me llevo á la de sesenta, y le digo: Es menester, señora, que falle V. una apuesta que acabo de hacer, porque he apostado que V. y aquella señora (señalando la de los cuarenta años) tenían la misma edad. A fe mia, me respondió, que creo que no hay medio año de diferencia. Bien va, continuemos. Fuí mas abajo, y acercándome á la de los cuarenta, Hágame V. favor, señorita, de decirme si se chancea cuando llama sobrina á aquella señorita que está allí.

Tan niña es V. como ella, y aun tiene ella en la cara un no sé qué aviejado, que no hay en la de V., luego esas megillas color de escarlata tan vivo, ese. . . . Oiga V., me respondió, de veras que soy su tia; pero su madre tenia veinte y cinco años largos mas que yo, porque no éramos de la misma edad, y he oido decir á mi hermana que habia nacido su hija el mismo año que yo. Bien lo decia yo, señora, y no sin razon extrañaba tanto el parentesco. Esta ocurrencia me hizo entender que las mugeres que se ven morir poco á poco perdiendo su hermosura, querrian retroceder hácia su juventud. ¡Ah! ¿pues cómo no han de anhelar por engañar á los otros, cuando se afanan por engañarse á sí propias, y safarse de la mas triste de todas las ideas, que es para ellas la de afearse y enviejarse?

En estas reflexiones estaba yo distraido, cuando me llamaron la atencion infinidad de palmoteos que daban *los del manojito*, gritando desde la puerta que entraba á la pieza donde habiamos merendado: „Señores y señoritas, aquí hay otra diversion para los aficionados; Morales ha puestas el montecito con cincuenta pesos. En

el momento se metieron á dicha pieza, y los siguieron algunos concurrentes picados de la araña, y á poco D.<sup>a</sup> Eufrosina fué tambien diciendo que iba á ver si sacaba los costos de la diversion. Lo que debia temerse de que jugara una señora que no entendia mucho de eso, y que se iba á poner con los maestros de Virjan como tahures y fulleros de profesion, me hizo seguirla y aconsejarla no hiciera tal disparate; mas nada fué bastante á contenerla, y fué el resultado que aturdida con las primeras pérdidas se cegó, y poniendo paradas de consideracion, ántes de hora y media, no le quedó ni medio, ni mas recurso para pagar á los músicos, que empuñar al dia siguiente alguna ropa, porque hasta las alhajitas habian ganado ó robado ya los pícaros del manojito, que todos hacian pala á su compañero el montero, cometiendo cuantas faltas y groserías les eran peculiares, negando á D.<sup>a</sup> Eufrosina algunos pedidos que hacia para seguir jugando, y contestándole que solo prestaban sobre Pomposita.

Esto desazonó enteramente á Madre é hija, y los concurrentes que lo advertian se fueron saliendo, así como los señores

del manojito, que á mas de su mala ganancia se llevaban ya algunas servilletas y pañuelos en la bolsa, segun lo tenian de costumbre; y yo que ví en mi relox que ya eran las once largas, afligido porque me habia distraido tanto, y porque se habria incomodado justamente mi tutor, me despedí y fuí con violencia á casa, donde solo me aguardaba el portero para abrir el zahuan, que cerrado á mi satisfaccion, me fuí á acostar, y dormí hasta las nueve del siguiente dia, por no estar acostumbrado á desvelarme.

## CAPITULO XI.

*Noticia de donde está D. Dionisio, y su nueva fortuna, su llegada á Méjico, nueva conducta que entabló. Por su muger é hija cae en una cama, y muere. Ingratísimo modo de obrar de Eufrosina en ese lance.*

Como me levanté tarde, ni pude ni tuve ocasion de decir nada, hasta el medio dia en la mesa á que casualmente asistieron ese dia Pudenciana y su marido, é impuestos todos de cuanto desórden habia visto en casa de D.<sup>a</sup> Eufrosina el dia anterior, se lamentaron de las desgracias que